

El imaginario cultural como instrumento de análisis social

Por: Celso Sánchez Capdequí *

Por imaginario cultural entiendo el reducto trascendental y transhistórico en el que se va depositando el conjunto de vivencias y experiencias del quehacer humano a lo largo de su historia, el saber cultural de la especie, en definitiva, las coagulaciones numinosas o arquetipos (imágenes míticas primordiales como Isis, Prometeo, Hermes, Jesucristo, Homo Faber) que dotaron de direccionalidad al sentido profundo de formas sociales ya extinguidas y desaparecidas y que perviven en estado potencial como soporte básico de toda creación psicosocial futura.

Fuente de inspiración para toda creación colectiva, el imaginario cultural remite al pasado vivido por la humanidad que asentado, en estado virtual, en los estratos profundos y abisales de la memoria filogenética, comporta vías y conductos (arquetípicos) con los que las futuras sociedades pueden canalizar y realizar, sin suplantarlas, sus ilusiones (Freud) en un orden del mundo portador de “una afinidad electiva entre la forma y el alma intersubjetiva” 1. En este sentido, se puede hablar del imaginario en términos de “la historia no escrita del hombre desde tiempo inmemorial” 2. Por lo mismo, su condición de patrimonio filogenético de la especie humana y de protoinstitución elaborada bajo la forma de una creatio continua a lo largo de su historia confiere, entre todas las manifestaciones sociales, entre todas las formas de vida dadas en la historia, una suerte de solidaridad latente, un ecumenismo arquetípico-figurativo entendido como “fundamento de toda comunicación interhumana” 3.

El imaginario cultural refiere a lo que Robert Bellah denomina el sistema cultural en cuanto condensación del cuerpo simbólico de la humanidad 4 sobre el que se edifica todo sistema social. De este modo, el imaginario es definido como el origen originado, como el sustrato profundo de vivencias que, embalsamadas en los bajos fondos de la memoria filogenética, hace las veces de a priori trascendental básico desde el cual se puede concebir todo proceso de creación psicosocial. Se refiere a

esa veta axiológica que, irreductible en su fecundidad permanente a constantes mecanicistas como estructuras económicas, esquemas de progreso, procesos de diferenciación funcional, etc., no deja de evocar posibles relaciones, asociaciones y proyecciones figurativas con las que la sociedad puede enfrentarse

creativamente a la contingencia y complejidad del entorno.

Dicho en otros términos, el imaginario alude a una humanidad inmóvil que subyace y anima toda creación social. A ella se refiere Simmel cuando afirma que “de igual modo que inferimos nuestros contenidos vitales —desde un punto de vista epistemológico— del reino de lo objetivamente válido, así, también —desde un punto de vista histórico—, obtenemos la mayor parte de aquellos del almacenamiento del trabajo espiritual de la especie; también aquí comparecen contenidos prefigurados, que se ofrecen para la realización en espíritus individuales, pero que conservan su determinación mas allá de éstos y que, sin embargo, tampoco es la de un objeto material; puesto que, incluso cuando el espíritu está unido a productos materiales, como aparatos, obras de arte y libros, jamás coincide con lo que hay de perceptible y sensorial en esas cosas. El espíritu habita en ellas en una forma potencial, que no se puede seguir concretando, a partir de la cual la conciencia individual puede hacerlas cristalizar.

El psicoanalista suizo C.G. Jung, a la sazón promotor teórico de esta categoría, refiere al imaginario cultural afirmando que “la fantasía creadora dispone del espíritu primitivo, olvidado y sepultado desde hace mucho tiempo, con sus imágenes extrañas que se expresan en las mitologías de todos los pueblos y épocas. El conjunto de esas imágenes forman el inconsciente colectivo, heredado in potentia para todo individuo. Es el correlato psíquico de la diferenciación del cerebro humano.

A este último hecho se debe el que las imágenes mitológicas surjan de modo espontáneo, y coincidentes entre sí, no solo en todos los rincones de la tierra, sino también de nuevo en todas las épocas. Han existido siempre y en todas partes. De ahí que sea perfectamente natural que relacionemos con un sistema individual de fantasías aun los mitologemas más alejados cronológica o étnicamente. La base creadora es por doquiera la misma psique humana y el mismo cerebro humano que con variaciones relativamente mínimas funciona de idéntico modo en todas partes⁷.

En este poso común y profundo en el que anida virtualmente la experiencia humana toda descansa “la “universalidad potencial” de todo lo que es humano para los seres humanos. Contrariamente a los

lugares comunes heredados, la raíz de esta universalidad no es la “racionalidad humana”, sino que esta raíz está en la imaginación creadora como componente nuclear del pensamiento no trivial. Todo cuanto fue imaginado por alguien con suficiente fuerza para modelar el comportamiento, el discurso o los objetos puede en principio ser re-imaginado (representado de nuevo) por algún otro”⁸.

El imaginario cultural, en tanto depósito infra-estructural del conjunto de la experiencia filogenética de la humanidad, alude a ese “dominio intermedio” del que habla Heidegger (en referencia a Holderlin) y desde el que el grupo dialoga con la trascendencia inmanente acometiendo la tarea de fundar poéticamente el ser, funge como “la madre de todo ideal”¹⁰, como soporte cultural del “hacer creer” “psicosocial, como “universo intermedio” en el que lo espiritual toma cuerpo y el cuerpo se torna espiritual”¹²; en definitiva, como entramado de huellas mnémicas o fósiles vivientes (arquetipos) legados por la humanidad pretérita que aparecen como hilo conductor que anima, emparentándolas, todas las estructuras de intersubjetividad e imágenes del mundo dadas en la historia con independencia del mayor o menor grado de racionalidad, diferenciación funcional o desarrollo de las fuerzas productivas, todo lo cual promueve en el nivel de las imágenes la “solidaridad total del género humano”¹³. Por ello, G. Durand habla de un ecumenismo de lo imaginario, del contenido liberador y eufemizante que se cobija en el cuadro universal del imaginario humano entendiendo por tal “el gran denominador fundamental donde se sitúan todos los procesos del pensamiento humano”¹⁴.

De esta suerte, se constata que la “consanguinidad” existente entre las distintas formas de vida humana transita por los bajos fondos de la común infraestructura imaginaria, por el latente feudo de posibilidades arquetípicas de auto-representación social que, con independencia del decurso del tiempo vacío y homogéneo (Benjamin) de la historia acumulativa, pervive incólume en la atemporalidad siempre viva de la memoria filogenética. Por lo mismo, queda invalidado uno de los axiomas que más ha influido en el pensamiento ilustrado de la modernidad occidental. Se trata de la hegemonía de la razón, entendida como facultad intelectual caracterizadora de la vida humana y equitativamente diseminada por el universo en su conjunto, con cuyo empleo crecen las esperanzas de la humanidad para liberarse de las ataduras del pasado, de la fe, de la tradición ciega, del dogma [...]

Notas

- 1 Schluchter, W, *Max Weber's Vision of History*, Berkeley, Blackwell, 1984, pág. 17.
- 2 Jung, C.G., *Simbología del espíritu*, México, .F.C.E., 1981, p. 296.
- 3 Von Franz, M-L., *Jung. Su mito en nuestro tiempo*, México, F.C.E., 1981, p. 111.
- 4 Bellah, R.. *Beyond Belief*, Nueva York, Harper and Row, 1991, p. 115.

- 5 Maldonado, Religiosidad popular, Madrid, Cristiandad, 1990, p. 129.
- 6 Simmel, G., La filosofía del dinero, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1977, p. 568.
- 7 Jung, C.G., Símbolos de transformación, Barcelona, Paidós, 1990, p. 24.
- 8 Castoriadis, C., Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto, Barcelona, Gedisa, 1988, p. 100.
- 9 Heidegger, M., Hölderlin y la esencia de la poesía, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 37.
- 10 Unamuno, M., En torno al casticismo, Madrid, Austral, 1991, p. 56.
- 11 Mauss, M., Antropología y sociología, Madrid, Tecnos, 1979, p. 56.
- 12 Corbin, H., La imaginación creadora, Barcelona, Destino, 1994, p. 14.
- 13 Eliade, M., Imágenes y símbolos, Madrid, Taurus, 1991, p. 17.
- 14 Durand, O., Las estructuras antropológicas de lo imaginario, Madrid, Taurus, 1981, pág. 111.

* **Celso Sánchez Capdequí** es sociólogo, profesor universitario y autor de libros como *Imaginación y sociedad: una hermenéutica creativa de la cultura* y *Las máscaras del dinero. El simbolismo social de la riqueza*, entre otros.